

EL AGUJERO DENTRO
DEL AGUJERO EN EL AGUJERO
DE LA CASA DENTRO DE LA CASA

DÍAS

Contra la versión del cielo que presidía mi casa al atardecer de un día cuando tenía doce años, soltaron un tropel de globos rosas desde el instituto de al lado. Aproximadamente unas cincuenta siluetas, cada una del tamaño de una cabeza, libres para ascender y escapar dentro del contenido de luz del día hasta terminar aterrizando desinflados por el calor o por un pinchazo, o bien al perder con el envejecimiento su pujanza. Por lo que oí, alguien había introducido un mensaje en el interior de cada globo: entrega caligrafiada y manuscrita en privado por quienquiera que los hubiera inflado en primer lugar. Unos cayeron sobre el césped de los parques y en las calles que rodeaban el colegio, pero la mayoría siguieron volando –sus cuerpos de látex dejaban una estela en el aire intangible–, perdiendo para siempre la posibilidad de hacerse con un dueño.

Después de buscar un rato en vano, descubrí uno de los globos atrapado entre las ramas más elevadas de un pino en el jardín de nuestros vecinos, aunque estaba demasiado alto como para trepar o alcanzarlo tirándole un palo. Al parecer, nadie más lo había visto. De repente supe que necesitaba que aquel globo fuera mío, que *tenía* que leer las palabras garabateadas en su interior –*iban dirigidas a mí*–, unas palabras que de otro modo nadie llegaría a ver jamás.

Pasé todo aquel día a la espera. Miraba el globo sobre mi cabeza mirándome mirarlo. A través de mis prismáticos parecía estar aún más lejos. Permanecí inmóvil con fervorosa paciencia. No recuerdo haber visto ni un solo pájaro. No fui consciente del transcurso del tiempo hasta que me faltó luz para distinguir el pequeño bulto entre los brazos del árbol, su masa un oscuro alivio recortado contra el amortiguado rostro del cielo, pálido por culpa de la difusa iluminación artificial humana. Pero, incluso entonces, seguí con la mirada fija en aquella silueta. Tuvieron que obligarme a entrar en casa y separarme de mi secreto oculto en la sombra.

No guardo recuerdo de aquella noche, ni de lo que soñé ni de cómo dormí. El lapso de tiempo entre el día y de nuevo el día ha quedado vacío. La mayor parte de las noches en vela cuando uno está solo en casa tienen esa estructura, irreconcordable tras un fulgor que suelda las horas más oscuras en una sola, un orbe sin márgenes.

Al día siguiente el globo había desaparecido: quizá se soltó de la corteza de una rama o voló deshinchándose hacia otro lugar, en cualquier dirección. Los árboles permanecían en pie con soberbia en la quietud de la mañana. Ellos sabían dónde había ido el globo y no tenían intención de decírmelo, aunque al fin y al cabo yo tampoco les pregunté. No pude encontrar ningún vestigio en el suelo junto a sus bases. A esas alturas, el aire y el polvo que lo rodeaban se habían dispersado entre varios horizontes menguantes. Lo que hubiese escrito en mi globo siguieron siendo palabras –frases para mí ocultas y probablemente caídas en manos de otro, o no–, símbolos engullidos por la luz. Aquellas palabras y lo que hubiesen dicho en mi interior, imaginé –¿dónde estaría o qué sería hoy, de haberlas absorbido?–, habían terminado su recorrido, de alguna manera, en otra persona (más astu-

ta, más arrojada). Lo que fuese, se había perdido para siempre. Y, pese a todo, aquí estoy. Ahora.

Esta clase de devaneo mental sin tino, por completo incontestado, es el que me mantiene despierto mucho después de haberme ido a la cama, encallado en una fijación inevitable sobre nada; pensamiento inútil. El día de nuevo llega, se va, y nada nuevo. Cada día se sucede como acostumbra a transcurrir los días –muros, ventanas, sitios web, rostros, comida–, cada elemento se repite sin pausa siguiendo un patrón nada obvio. Este pensamiento ingrato se piensa a sí mismo y no engendra en su vigilia más que marcos enmarcados; puertas hacia ninguna parte llenan los días.

Lo peor es que estoy seguro de que, si hubiese sido capaz de alcanzar el globo y descifrar su mensaje, hoy ni lo recordaría. En lugar de palabras que podrían haber cambiado mi destino, ahora formarían parte de la basura entre la basura, un intervalo estéril similar a cualquier otra hora conservada por la parálisis. Muy probablemente ni me acordaría siquiera del día en que soltaron los globos, ni de mis ansias de atrapar aquél en concreto, ni de cómo desde entonces el cielo parece a la vez más apagado y profundo, repleto y tan impregnado de la luz del día que algunas noches se presenta sin otra estrella más que la mayor de todas, acosada por los nombres que le han dado los seres humanos.

Cubierto por este velo cambiante, como bajo párpados, el hombre se empeña en su propio despliegue informe: una conmovedora y menesterosa red humana sin centro. Día tras día, aumenta el número de la población en las ciudades, cuerpos expulsados por otros cuerpos hora tras hora, chillando; sangre nueva –nuestra propia masa de carne perseverando en su proliferación sin importarle el espectáculo de otros

cuerpos brotando o arrugándose por la edad igual que aquellos globos enviados a ninguna parte—; las estrellas, pertrechadas con sus máscaras antigás, se queman en sus propios efluvios; ninguno de nosotros está nunca realmente en ningún sitio, en medio de todo no se puede decir que estemos más que *aquí y ahora*, a no ser que confiemos en la también creciente masa de restos de todo lo que hemos presenciado, pensado y dicho alguna vez; días transcritos por medio de figuras y símbolos colocados y recolocados con un prurito rayano en la demencia en el mismo aire de la Tierra que los contiene; una continua, irremontable revisión de qué fue y es y será de los muertos. Y a cada hora, más gente recién nacida, *bebés*, más cuerpos en desfile, *en procesión hacia el polvo*, cuentas en columnas paralelas compitiendo en altura; el sobrante de cada nueva capa se destina sencillamente al puro devenir en el silencio del tiempo, sometido a la réplica sin tregua de nuestra propia imagen: las películas y las grabaciones y los interruptores pulsados y el quién cuándo dónde, la piel que mudamos, y el pelo y los dientes, el esperma y el óvulo, los océanos. Cada uno de nosotros, en nuestra mente, rodea a un *yo*, cada intelecto es el centro de una versión de una versión del mundo rodeado, hecho un fardo que el aire y los días prensan por todos sus lados. Entradas y salidas diarias provenientes de cada cuerpo —cuanto más despiertos, más limitados— mientras el volumen de aire del mundo sigue siendo el mismo; cada emplazamiento engorda atiborrado de grasa psíquica hasta atragantarse —noticias de eventos y de reuniones y de nacimientos y muertes de las reses, los nombres y las extremidades y los números—: cada uno de ellos queda cubierto a su manera, tapado, un peldaño más hacia qué.

]]]

El mismo año en que sucedió lo de los globos, como en una especie de homenaje luctuoso, enterré una caja blanca en el patio. Se me ocurrió hacer una cápsula del tiempo –quizá lo vi en la tele–, algo que pudiese guardar y, por tanto, conservar, aunque por aquel entonces todavía no había comenzado a contemplar la sustancia de los días como algo sujeto a una continua desaparición. Mi selección de qué metería en ella fue bastante atolondrada y directamente extraída de un creciente archivo de fruslerías que atesoraba en el armario. Nunca he sido capaz de deshacerme de nada que el día haya traído consigo: resguardos rotos, postales, utensilios usados, notas que me dejó a mí mismo mientras duermo... Dentro puse una agenda llena de nombres y números de gente que conocía, una pelota de béisbol firmada por todos los jugadores del equipo de mi primo mayor (a ninguno de los cuales conocía); puse también dentro de la caja un rimero de hojas agujereadas para impresora cubierto por un embrollo de mensajes de error que la máquina, que ya no funcionaba bien, expulsaba a veces por la noche, y que siempre me sentía obligado a contemplar con embeleso. Metí, además, un anillo comprado en un mercadillo casero que se abría y cuya diminuta oquedad secreta, no sé con qué fin, revelaba un pedacito de resina. Seguramente introduje otras cosas que terminé quemando, pero no lo recuerdo. Creo que mi intención era esconder aquellos objetos bajo tierra y dejarlos allí durante años y años, quizá para que las desenterrase una futura versión de mí mismo; o también es probable que esperase que, después de morir, aquello, aquella porquería, fuese mi legado.

Pero no tuve tanta paciencia. Puede que transcurriesen cuatro meses antes de que decidiese exhumar la caja. Descubrí que la tapa de plástico estaba resquebrajada. Restos de grava y suciedad se incrustaban en los intersticios de cuanto había depositado allí. Y también encontré musgo. Los objetos se

habían enmohecido. Aquellas reliquias despertaban de repente repugnancia en lugar de alborozo, así que tuve que tirar todo a la basura, excepto el anillo. Creo que me quedé con él, la única de aquellas cosas que no era mía, aunque hoy no puedo recordar dónde lo guardo. Hasta ese punto no logro recordar y no consigo recordarme que deseo recordar y recordarte a ti o tus cosas, no importa si lo uno o lo otro, suma y sigue día a día, mientras las horas se amontonan inadvertidamente. Es algo que se limita a seguir creciendo.

En medio de este prolongado aplastamiento casual aprendemos a refugiarnos en el sonido porque es lo que debemos hacer. Hoy día, mientras ojeo aburrido sitios web sobre tortura –es mi propia vaciedad la que me impulsa a menudo a querer contemplar lo peor–, me doy cuenta de que muchos de los métodos modernos aplicados a los prisioneros son demasiado similares a las horas que transcurren en nuestras ciudades, si se colocan en perspectiva: *posiciones forzadas, exposición continuada a luces brillantes y ruido, presenciar la tortura de otros, exposición al frío, aislamiento absoluto, amenazas*.¹ Cada una de estas prácticas ha logrado normalizarse en la actualidad hasta quedar asimilada, en su mayor parte, sencillamente como una fracción más de la experiencia de la vida urbana. Éste es un rasgo distintivo de nuestra supervivencia por medio del entumecimiento, la ignorancia, la contextualización, el empeño en obviar el silencioso bombardeo –a través del sueño, las comidas, la bebida, las risas y las bromas– que nos convence de que hasta la más insignificante tortura diaria ha entrado a formar parte de lo común, incorporada, incluso apreciada: el tejido de anun-

¹ De «The Most Commonly Used Torture Methods Applied to Victims Seen at the Danish Centre for Rehabilitation of Torture Victims» (Roth, 1405).

cios, ofertas de entretenimiento, socialización, deudas económicas, objetos exclusivos; la dinámica, la expectación ante el deseo de poseer más a cada momento. Ahora, con Internet, tenemos la posibilidad añadida de acceder en cualquier momento a las versiones electrónicas de cualquier cosa que se nos pase por la cabeza: los comentarios actualizados sin tregua de los aburridos, de los despiertos, de los asalariados o de los solitarios, de los que aspiran a algo, de los pajilleros o de los aduladores y de muchos otros; imágenes de archivo de explosiones, enfermedad y asesinato mezcladas con la compra desde casa, los álbumes de fotos de familia, los juegos gratuitos; avatares de parientes y extraños, amistosos logos de empresa; textos e imágenes sin ninguna finalidad de cosas que en cualquier otro caso habrían permanecido ocultas. Y todo esto aumenta a cada instante sin propósito, alimentado por innumerables cuerpos que aprietan botones frente al rostro plano de millones de máquinas.

Esta extenuación hace que, con el tiempo, el cuerpo acuse –envejeciendo, adelgazando, marchitándose, encalleciéndose o acalambándose– cada matiz de algo que acabará por dismantelar la calidad del sueño, que es nuestra única vía de escape temporal; y, en consecuencia, traduce enfáticamente estos síntomas en forma de agotamiento absoluto. Nuestra atención se nutre a través de tótems cada vez más cerca del agujero. El resultado de esta prolongada pérdida de horas de descanso actúa sobre nuestro organismo, de nuevo, de manera parecida a la tortura o a la demencia: *ansiedad, depresión, terror, sumisión, introversión, letargo, fatiga, pérdida de memoria, incapacidad para concentrarse, dificultades para conciliar el sueño, pesadillas, cefaleas, molestias oculares, vértigo, parestesias, disfunciones sexuales.*² Estos tras-

² *Ibid.*

tornos vienen siempre en *packs* de tamaño familiar que se sustentan unos a otros hasta oxidar o aturdir a nuestras defensas cuando aún están en guardia, y dejan abierta la carne a la enfermedad y a los depredadores, exponiéndola a la muerte. En el tráfago cotidiano, las horas del día que vivimos conscientes a menudo se parecen más a las que entregamos al sueño, y estas últimas cada vez son más superficiales, de inferior calidad, casi conscientes.

Debemos de llevarlo en la sangre. Hay algo inherente al ser humano que alimenta la voluntad de crear y codiciar, crear y codiciar, y aun así seguir necesitando siempre más. Es el mismo entusiasmo que nos impele, a diferencia de otros seres, a desear algo donde no hay nada, a perseguir la calma donde sólo hay barullo. En más de una ocasión nos aburrimos cuando un hábito familiar pierde su halo de magia, esa posibilidad inconsciente de que algo pueda estallar o cambiar de forma en nuestras manos, el resplandor de la novedad: a pesar de que esa clase de repetición es también la que nos reconforta, la que nos permite descansar. El despertar de la codicia se presenta a menudo como producto de sí mismo, un anticipo de lo desconocido, del resplandor o del terror, que da como resultado el nacimiento en nuestro cuerpo de un aparato receptor que requiere que se lo alimente (o entierre) a fuerza de enlazar lo familiar con algo viscoso y extraño, preeminente, que llene el vacío de su nombre y no al revés.

]

]

]

Muy a menudo, durante mi infancia, hubo ocasiones en que no reconocía a mi madre. Solía acercarse a mi cuna y me contemplaba mientras yo chillaba y trataba de esconderme de su mirada. Se inclinaba para cogerme en brazos y yo me encogía con un centelleo de terror reflejado en los ojos. Otras